

CASTRO Y SUS CONTRADICCIONES

Por

Jorge A. Sanguinety

En los últimos días Fidel Castro anunció unas medidas económicas e hizo unas declaraciones que merecen ser evaluadas serena y cuidadosamente por su significado en el futuro del país. Por un lado, el dictador anunció alzas considerables de precios en la electricidad junto a unos aumentos salariales casi insignificantes. Por otro lado adelantó vagamente la eliminación de la libreta de racionamiento, mientras que ha aumentado las restricciones contra el trabajo por cuenta propia. Además, el país se aparta de la llamada dolarización y en general regresa al sistema de dirección económica centralizada anterior a 1993, cuando se introdujeron las mal llamadas “reformas” a la economía. Pero el regreso a ese sistema de dirección viene con cambios. Finalmente, después de casi 47 años de negarse empeinadamente a reconocer ciertas leyes inexorables de la economía, Castro da muestras de haber aprendido el valor de un sistema de precios y el poder de la oferta y la demanda, aunque sin renunciar a su entelequia socialista. Ha sido el equivalente político de caminar en la cuerda floja e ignorar la fuerza de la gravedad al mismo tiempo.

En 1993, Castro no supo cómo manejar la economía cubana después de la desaparición de los subsidios soviéticos. Estos subsidios le permitieron desarrollar un sector educativo y unos servicios de salud que hubieran sido financieramente insostenibles por el socialismo sin una ayuda externa. Castro se dio cuenta sólo entonces que la economía era el Talón de Aquiles de su dictadura precisamente porque, ensimismado en su megalomanía y narcisismo internacionalista, dio por sentado que las empresas confiscadas mantendrían los niveles de producción tradicionales. Sin los subsidios, el dictador se enfrentó a la autodestrucción que él ahora teme; una crisis creada por su propio egoísmo e irresponsabilidad como gobernante de un pueblo que él ni ama ni respeta. Castro impuso su marca de socialismo sin organizar una economía socialista. Y desde entonces ha tenido que enfrentar las consecuencias de sus contradicciones.

Estas medidas tendrán unas repercusiones macroeconómicas y otras microeconómicas. Las primeras buscan disminuir el desequilibrio fiscal que mejoraría el manejo de los recursos del estado, con la esperanza de que no se repitan algunos de los errores que el propio Castro ha cometido según lo confiesa en su discurso. Las segundas afectarán a los cubanos que se verán perjudicados por las medidas de austeridad pues, al reprimir la actividad privada bajo el pretexto de combatir la corrupción y reducir las desigualdades, todos los ciudadanos tendrán menos opciones como consumidores y como trabajadores. ¿Por qué digo esto? Porque ni una sola de las medidas anunciadas incluye un aumento de la producción. No es por casualidad que el ministro de Economía y Planificación, José Luís Rodríguez, anuncia separada pero casi simultáneamente que la economía cubana puede crecer más de un 9 por ciento en 2005, pero no da ninguna indicación de qué parte de ese crecimiento se reflejaría en los niveles de consumo. Es un esfuerzo para dorar la píldora de la austeridad que se avecina pintando un cuadro engañosamente optimista.

¿Cómo es posible entonces que se anuncie la eliminación de la libreta de racionamiento? Sin un aumento significativo de los niveles de producción para el consumo, la eliminación de la libreta sólo podría lograrse por dos vías. Una sería el establecimiento de otro sistema de racionamiento, por ejemplo uno mediante cupones en lugar del sistema actual de cuotas. La otra sería dejar que los precios suban para equilibrar la oferta y la demanda para cada producto, pero esto dejaría a muchos consumidores con abastecimientos menores aún de los que ya tienen. Esta alternativa podría provocar repercusiones políticas insostenibles y habría que descartarla. Lo interesante es que ya Castro indicó que el sistema actual de racionamiento representa un subsidio del estado y lo dijo como algo indeseable. Ahora habrá que esperar a ver cómo Castro resolverá este enigma.

Pero además de las medidas económicas decretadas, hay unas declaraciones suyas que llaman la atención. Al advertir que esta revolución puede autodestruirse, mientras conmina a los jóvenes a evitar la disolución del socialismo, el dictador implica que la permanencia de su régimen no está garantizada después que él desaparezca. Cuando al mencionar sus errores él reconoce que nadie sabía construir el socialismo, se acerca peligrosamente a aceptar que el socialismo no es factible, que sólo puede mantenerse por la fuerza de un líder como él. Pero mientras él viva, la economía estatizada al extremo, no la policía política, seguirá siendo el principal instrumento de represión de las mayorías cubanas. Al final de su vida, Castro es lo suficientemente inteligente y astuto para saber que el régimen que montó, precisamente por ser muy personalizado, desaparecerá con él, a pesar de los esfuerzos para prolongarlo.

Una economía insolvente es la recompensa que un gobernante cruel y sin escrúpulos le da a un pueblo que en gran medida le fue fiel, que por haber creído en él ciega e irresponsablemente le dio todos los poderes y le permitió convertirse en un tirano. Los seres humanos no nacen como tiranos, aunque muchos tienen el potencial de serlo. El resto lo hace la sociedad, por omisión o por comisión. Esta es la lección cubana. Ojalá que los cubanos la asimilen y también el resto del mundo.

Miami, 29 de noviembre de 2005.